

¡Y buscando el castaño secular conmemorado por el poeta, se sentó á su sombra, y meditó, y sintió, y quizá lloró honda y santamente la lucha fratricida, cuyo espantoso estruendo aún llegaba á su oído, y movido por el noble sentimiento que habia despertado en su alma un árbol centenario, cuya sombra se enlazaba con la santa sombra de una iglesita rural, procuró comunicar aquel sentimiento á sus compañeros, tostados por el fuego y enrojecidos por la sangre del combate, y quizá el castaño secular, cantado y bendecido por el poeta, libró á la pobre aldeita donde descansan los huesos de mis abuelos de ser convertida por el hierro y el fuego en pavoroso campo de soledad y ruina!

¡Cómo no ha de amar y bendecir á los árboles el autor de este libro!

## XXXVIII.

EN OLAECHEA.

Al levantarnos del banco rústico, notó D. Juan que yo tenía tiznada de rojo la mano derecha.

—Dispense V., me dijo, que al darle la mano en el nocedal me olvidase de que las mias estaban envenenadas.

—El primer guante que usé fué de esa tela y ese color, contesté, recordando que aún no tenía yo diez años cuando ya subíamos otros de mi edad y yo á las veneras de Triano, cabalgando en sendas mulas venateras y cantando:

«Por Pucheta arriba van  
los de la mala fortuna,  
unos diciendo: «Arre, buey»,  
y otros diciendo: «Arre, mula.»

O:

Si la fuente de Torres  
manára vino,  
más de cuatro cayeran  
en el camino (1).

O:

No valen los tesoros  
que hay en la Habana  
lo que una morenilla  
somorrostrana.

O:

A la Trinidad piden  
las venateras  
que callen las encinas  
de las Carreras (2).

O:

Si subieran á Abanto  
los Muñatones,  
no los conquistarian  
á tres tirones (3).

(1) La fuente de Torres es una muy rica y célebre, entre Somorrostro y Galdames, que yace olvidada desde que hácia 1850 se abrió la carretera por el lado opuesto del río.

(2) En el llano de las Carreras hay una ermita, dedicada á la Santísima Trinidad, y restos de un encinar que ya existía en el siglo XIV, según dice Lope García de Salazar en su *Libro de las buenas andanzas é fortunas*, escrito casi á la sombra de aquellas encinas en 1470. Aquel llano era como el descansadero de la carretera y mulatería que bajaba para los puertos y las ferrerías la vena de hierro de los montes de Triano. Llamóse primitivamente Abanto, que equivale á *descansadero pequeño*, y luego tomó el nombre de las Carradas (convertido al fin en las Carreras), porque allí se depositaban las carradas de vena.

(3) ¡Qué distante estaría el autor de esta copla de pensar que San Pedro de Abanto, y aún la torre de San Martín de Muñatones, habían de alcanzar la triste celebridad que han alcanzado en 1874!

— Por lo que en V. y Leandro veo, añadí, no les va á VV. mal con la nueva vida.

— El dia nos parece una hora y la noche un minuto.

No era necesario que D. Juan me diera estos buenos informes del saludable efecto que en él y su hijo obraba el polvo de la vena y el carbon. Don Juan, que cuando, no teniendo qué hacer, se entretenia en matar avispas, estaba descolorido y flaco y tenía sus ratos de tristeza, cuyo único alivio era el cariño de la familia, habia engruesado, y la salud y el contento rebosaban por todos sus poros; y Leandro, que habia vuelto del extranjero delgado y descolorido por efecto sin duda de la nostalgia y el estudio, se habia desarrollado y robustecido de tal modo, que podia competir á tirar la barra con el más lucido de aquellos mocetones aldeanos que dormian la siesta bajo los nogales.

Al fin llegamos á Olachea. Parte del piso bajo de aquel grande y hermoso edificio estaba ocupada por la direccion de la fábrica, ó lo que es lo mismo, por el despacho de Leandro, que era el director facultativo, y el de su padre, que desempeñaba la direccion económica. Varios empleados trabajaban en sus bufetes, y una aldeana alegre, aseada y guapetona, que salia de hácia el horno contiguo á la casa con una porcion de huevos en el delantal, nos saludó, y tomó escalera arriba ponderando lo ponedoras que eran las gallinas de casa.

— ¡Hola! dije. ¿Tambien aquí hacen VV. la vida casera?

— Sí, me contestó D. Juan; hasta que llegue el gran dia, viven aquí uno de los operarios de la ferrería y su

mujer, que es esa, y Leandro se las compone muy bien con ellos.

Don Juan me habia dicho ya que sólo Leandro vivia permanentemente allí, pues él iba todas las tardes á Gostiza y volvia por la mañana.

Hábame parecido al pasar frente al horno percibir el grato olor de pan caliente, y no me habia equivocado, pues un momento despues bajó la aldeana y volvió del horno con unas tortas calientes, entre ellas alguna de maíz, colocadas sobre una cazuela, que supuse contendria la golosina más frecuente y apetecida en las aldeas de Vizcaya, es decir, manzanas ó peras con azúcar cocidas en el horno.

El gran dia de que accidentalmente habia hablado don Juan habia llamado mi atencion.

— ¿Y cuál es el gran dia que espera Leandro? le pregunté.

— ¿Cuál quiere V. que sea para los muchachos enamorados sino el de su casamiento?

— Tiene V. razon, pero me habia olvidado de la hermosa rubiecilla de Goyerri y su cantor. Leandro, cuéntenme V. algo de ella.

— Vámonos arriba, dijo Leandro, y allí hablarémos despacio de eso y otras cosas.

— Y entre tanto, añadió D. Juan, despacharé yo á estos venaqueros rezagados que vienen aquí.

Leandro y yo tomamos las escaleras, mientras don Juan volvia á la oficina con dos ó tres carreteros, á quienes aludia.

Apénas subimos al piso principal, que Leandro se

apresuró á enseñarme desde la sala á la cocina, comprendí que aquella era casa preparada para novios, y comprendí más: que en su preparacion habian andado manos como las de Mari-Santa.

Anticipadamente se habia verificado allí otro casamiento: el de la sencillez rural con el lujo urbano, no soberbio é inútil, sino elegante y cómodo, que me habia enamorado, así en Gorostiza como en la Estufa.

— Aquí tambien hay cosas de la pobre mamá, ¿no es verdad, Leandro?

— Sí, de la pobre mamá y sus colaboradoras.

— ¿Qué colaboradoras han sido ésas?

— Rosita y su madre.

— ¿Y cuándo es el gran día?

— Nos alegramos mucho de que haya venido V. á averiguarlo, porque en el cónclave de familia se habia acordado ya enviar mensajeros á las Encartaciones en busca de V. para anunciársele y convidarle á la boda, que será el día de la Virgen del Cármen, á quien está dedicada la capilla de la fábrica.

— Anticipo á VV. la enhorabuena por ello, y acepto gustoso y agradecido el convite.

— ¡Gracias! dijo Leandro estrechándome la mano. Ya sabemos nosotros que aquel día le habiamos de tener á usted por aquí sin necesidad de acudir al señor D. Francisco para que le preparase una emboscada como la de marras. Al señor D. Francisco sólo acudiremos para que bendiga nuestra union.

— Jamas sacerdote habrá llamado la bendicion de Dios sobre un hombre y una mujer más de corazon que

Francisco la llamará sobre Rosita y V. Como por desgracia los bienes de fortuna, el metal que hemos convenido en llamar vil, á pesar de que suele ser instrumento de obras muy santas, no es extraño á la felicidad de los que amándose piden á Dios la santificacion de su amor, como V. y Rosita se la van á pedir, me parece que no varío de conversacion preguntando á V. cómo van los negocios industriales.

— Van á pedir de boca para nosotros, que hemos arriesgado en esta empresa, ademas de algun capital pecuniario, el de la inteligencia, y para nuestro consocio don Joaquín, que es nuestro verdadero amigo y ha empleado aquí buena parte del que trajo de América. Las cuentas correspondientes al año que lleva funcionando el establecimiento ofrecen un resultado tan satisfactorio, que siguiendo así, á la vuelta de algunos años nuestro consocio habrá duplicado su capital, y nosotros habrémos recobrado la fortuna que en pocos meses vimos desaparecer. Con que ya ve V., añadió Leandro sonriendo, que yendo tan satisfactoriamente los negocios, no era cosa de que Rosita y yo continuemos por más tiempo sin vernos, ni aún con auxilio de anteojos marinos, que aquí no me sirven si no subo con ellos á Ereza ó Ganecogorta.

— Es muchísima verdad.

— Ademas, Rosita y yo no nos asustamos de la soledad de este sitio, porque tenemos por un evangelio chiquito aquella *canta* que aducia la cuñada de Chómin en elogio de su soledad de Baracaldo:

«No hay soledad en el mundo

para dos que bien se quieren,  
porque donde están más solos  
es donde están más alegres.»

— A propósito de versos, me parece que voy á tener que reñirle á V., amigo Leandro.

— ¿Por qué?

— Porque me parece que V. ha olvidado á la amable, á la dulce, á la consoladora poesía.

— Puedo no haberla tratado como se merece, pero olvidado, no.

— Pruebas, pruebas de que V. no la ha olvidado.

— Ahora las tendrá V.

Hablábamos así en la sala, y Leandro me condujo al gabinete de la izquierda. La sala tenía dos, cada uno con su alcoba; el de la derecha, que correspondía al Sur, era el destinado á Rosita, segun yo habia colegido de su mueblaje esencialmente femenino y de la hermosa cama de matrimonio que habia visto en la alcoba, y el de la parte opuesta era el de Leandro que habia trasladado á él, ó le habian trasladado, todas aquellas «cosas de la pobre mamá» que tanto me habian enamorado y conmovido en el gabinetito-despacho de Gorostiza, incluso aquellos anteojos-gemelos que sabe Dios si estaban destinados en Olacocha al dulce y amoroso empleo que en la adolescencia de Mari-Santa y Leandro tuvieron sucesivamente en Gorostiza, pues allende el Cadagua, en los estribos de las montañas, se descubrian desde Olacocha blancas caserías que recordaban las que desde Gorostiza se descubrian allende el Ibaizabal en los declives de Goyérri.

Sentámonos en unas mecedoras colocadas junto á un gran velador de caoba sobre el que habia recado de escribir, algunos legajitos con carpetas y algunos libros, y Leandro abrió uno de los legajos que contenia hojas de papel escritas en renglones desiguales.

Leyóme algunas de aquellas composiciones, y eran tan hermosas, tan sentidas, tan delicadas, tan ricas de emoción y poesía, que volví casi á sentir remordimientos por haber desviado de la senda literaria á quien de Dios habia recibido tan peregrinos medios de honrarla.

Casi todos aquellos versos habian sido compuestos lejos del hogar y la patria, y el recuerdo de la patria y el hogar los habia inspirado. Es inútil añadir que en aquella atmósfera de sentimientos é idealismo revoloteaba constantemente un ángel, el ángel de Goyérri.

Todavía me quedaba el temor de que el ruido de las máquinas y de los saltos de agua de Ibarrondo hubiera ahuyentado de Olacocha á la suave musa de Leandro; pero no tardó éste en disipar mis temores leyéndome unos versos que habia compuesto la noche precedente como para descansar de las fatigas del día. Siento no recordar alguna estrofa de aquellos versos, cuyo epígrafe era, no ya *¡Allí está!* como el de otros que Leandro me leyó en Gorostiza, sino *¡Aquí estará!* que era el anuncio de la felicidad próxima; pero los supliré diciendo que nunca me ha deleitado cuadro de la felicidad doméstica más apacible y hermoso que el que el poeta se imaginaba en Olacocha cuando aquella casa tuviese su Mari-Santa como la de Gorostiza.

Tanto me enamoraron aquellos versos, que pedí á

Leandro y éste me dió una copia de ellos para saborearlos á mi gusto.

Don Juan vino á anunciarnos que la comida nos esperaba, y pasamos los tres al comedor. Comimos alegremente y con inmejorable apetito. La comida era puramente aldeana: sopa de pan, olla de aluvas y verduras con cecina, tocino y longaniza, principio de magras y huevos con tomate, postres de peras recién traídas del horno, y frutas recién traídas de la huerta, vino baracaldés y riojano y tortas de trigo y de maíz todavía calientes. Lo único que no fué completamente aldeano, aunque hacía años que iba tomando carta de tal, fué un excelente café acompañado de una copita de anisete de Burdeos, final que sospeché se había añadido aquél día á la comida ordinaria en obsequio del forastero.

Viendo la fábrica, que era hermoso establecimiento en que se ocupaban centenares de operarios, recorriendo las amenas cercanías de Ibarro, hablando con los aldeanos que trabajaban en las heredades de las caserías inmediatas, y conversando entre nosotros mismos, pues ya se sabe que la conversacion es inagotable entre aquellos que bien se quieren y tienen comunes recuerdos en que ocuparse, así pasamos gratuitamente la tarde hasta que el sol fué desapareciendo del valle, y ya sólo doraba las laderas occidentales del excelso Ganecogorta.

Entonces D. Juan y yo nos despedimos de Leandro, y tomando nuestras cabalgaduras nos dirigimos Cadagua abajo.

## XXXIX.

## LAS ALMAS DÉBILES.

El día que tan alegre había sido para mí, debía concluir muy tristemente.

Junto al legendario puente de Castrejana, construido há cerca de cinco siglos y no sé si derribado hace pocas semanas por el furor de la presente guerra civil, cuyo carácter más distintivo fué, desde que dió principio, el de la destruccion, la carretera abandona la margen derecha del Cadagua y asciende por la ladera del monte, sombreada de robles y castaños. Al terminar aquella ascension, encuentra la planicie de Aldamira (y no Altamira como vulgarmente se ha dado en llamarle por el afán de castellanizar á tontas y á locas), donde el viajero no puede ménos de detenerse gratuitamente sorprendido con el espectáculo que allí se le ofrece. A la derecha, en primer término, la hermosa y poblada llanura de Abando, cuyo nombre de descansadero grande (de *ab*, descansadero ó asiento, y *an di*, *andi-a*, grande, lo grande) le cuadra perfectamente; en segundo, la populosa villa de Bilbao, á la que tambien corresponde el suyo de «llanura baja, extensa y redonda, donde hay dos poblaciones» (de *bi*, dos, *ili* poblacion, *be*, *b* sitio bajo y *ao* extension y redondez), y en último Begoña, cuyo caserío se extiende pintorescamente por las faldas y regazos meridionales de las cordilleras de Gangüren y Archanda, y cuyo insigne